Niñas sí, tamagochis no

Lorena Hernández Vargas

La pesadilla

No podía dormir. Me costó muchísimo trabajo. El tamagochi a cada rato me pedía más de comer. Me daba miedo que se me fuera a morir de pura hambre mientras yo muy a gusto dormía, así que me la pasé al pendiente hasta que ya no pude más, los ojos se me empezaron a cerrar solos. De pronto, no supe si soñaba o era cierto lo que me pasaba, porque todo era sobre el tamagochi que me pedía algo y yo no podía llegar a tiempo para tenerlo contento, y por más que intentaba estirar la mano no podía alcanzarlo. El tamagochi, al ver que nadie lo atendía, cerraba sus ojos y no los abría más.

En esa parte del sueño me la pasé llore y llore, pero luego, el tamagochi empezó a convertirse en la panza de mi mamá, que crecía y crecía. Resultaba que mi mamá no estaba esperando un niño, sino un tamagochi, y se veía feliz. "¡Por fin, mamá —le decía a mi abuelita—, no más pañales que lavar, ni llantos a media noche, ni nada, un tamagochi es mejor que un bebé...!"

Yo me acordé de mí misma cuando le dije por qué prefería un tamagochi a un perro o a un gato, a los que yo creía más latosos, porque ladraban y maullaban. Además hacían pipí y popó, y cuando llegabas de la escuela se iban derechito hacia ti, dando de brincos y a querer lamerte la cara. ¡Qué asco! Y luego los pelos en los muebles y las pulgas, por eso convencí a mi mamá de que perros no, tamagochis sí, y ahora ella le decía lo mismo a su mamá: bebés no, tamagochis sí. Cuando me desperté el tamagochi seguía vivo. Qué bueno, pero no para de comer, pobrecito, qué hambre le da.

La abuela

Ahora me enojé con mi abuela. Dice que me estoy enajenando. Sí, lo mismito que me decía mi mamá cuando veía mucha televisión. Que cómo es posible que una niña se vuelva esclava de un llavero electrónico, de una mascota que ni siquiera es mascota, sino puro espejismo. Me reclamó que en eso me haya gastado los domingos en lugar de que me haya comprado libros u otras cosas. Dice que no puede platicar con sus nietos ni llevarlos a pasear ni contarles cuentos, ni ver el álbum de fotos, con retratos de toda la momiza —así les dice ella a los parientes—, que mi hermano está enchufado al nintendo y que yo nomás al pendiente del tamagochi, que si cuando me enferme el tamagochi me va a dar un vaso con agua o me va a consentir y mimar para que me alivie.

¡Ay mi abuela, qué pasadísima está! ¿Quién le dijo que es divertido hacer todo lo que a ella le gusta? Ojalá que cuando yo crezca no sea así de enfadosa con mis nietos y tengamos todos computadora para comunicarnos por *Internet*. A mi abuela le choca la televisión pero dice que estos juguetes están peor, que de plano te dejan sin cerebro, que son para niños japoneses mutantes, que los pobres desde las bombas no quedaron bien, que si al principio eran para que la gente no se sintiera sola, que con esto iban a estar en su isla del alucine —así habla, en serio—, que en México es distinto, que acá sí hay espacio para tener mascotas de carne y hueso, que si no me asomara a la calle y viera cuantísimos perros buscando dueño, que eso nos iba a convertir en monstruitos. ¡Qué bárbara la abuela! Desde entonces ya no me da domingos; bueno, pero tampoco a mi hermano.

¿Barbis? ¡Nunca!

Ahora va a ser la fiesta de tamagochis en casa de Claudia. Antes hacíamos, pero de Barbis. Todas nos llevábamos un montón de ropa y accesorios, cargábamos con Ken y sus amigos, la bañera, el elevador, el supermercado y el salón de belleza de las Barbis. Era una lata cargar con tantísimas cosas, la verdad, pero si no las llevábamos como que las fiestas estaban incompletas y algo les hacía falta.

Haciamos una rueda y nos presumíamos los últimos modelos de muñecas. Es más, una vez todas íbamos vestidas y peinadas igualitas que las Barbis. Nos llevábamos las pelucas, los cosméticos y las profesiones, que si la Barbi patinadora o bailarina o maestra de kinder. Nunca tuvimos Barbis astronautas o bibliotecarias como mi abuela, o matemáticas como mi mamá. No, puras Barbis cursis, como dice Laura mi hermana mayor, pero nos encantaba tenerlas y acumular cosas de Barbi, que si su yate, su carro último modelo, su juego de maletas, su perro —yo creo que no tardan en sacar el tamagochi de Barbi—. Había unas cosas tan chiquitas que se nos perdían o terminaban entre las cosas de las vecinas y, ni modo, había que reponerlas, pero lo bueno que todo cambió desde que tuvimos nuestros tamagochis, son más livianitos y no hay que cargar tantas cosas.

Para ir a la fiesta lo único que les pedimos a las invitadas es que sus tamagochis sí sean de marca. Las que tengan chafas que mejor ni vayan para que no pasen la vergüenza. Nos gusta tener todo original, las imitaciones son para las personas sin educación, dicen mis amigas. Además, si comparas a los tamagochis con las Barbis hasta salen más baratos, porque éstos no necesitan cosas extra. Y una Barbi sin accesorios no es Barbi. En lo que sí me fijo es que nuestras fiestas están cambiando. Antes platicábamos y nos intercambiábamos cosas, no éramos tan egoístas. Ahora ni pensar en que nos prestemos el tamagochi, no confiamos en las demás. ¿Qué tal si lo descuidan a propósito para quedarse con el único vivo del grupo? No, nuncamente como dice mi papá.

En las fiestas ni hablamos, ni nada, cada quien está concentrada con su mascota. Nos pasamos las



horas así hasta que llegan nuestras mamás, nos subimos a los carros, nos despedimos rápido, echamos un vistazo a las charolas con sandwichitos y galletas que nos pone la mamá de la niña de la casa y vemos que quedaron igualitas. ¿Quién piensa en comer, si primero está el tamagochi? Bueno, a ver qué tal se pone ahora en casa de Claudia. En la última fiesta sólo fuimos diez del salón, a ver a quiénes les compraron su tamagochi y cuántos días les ha vivido.

Mi papá

El otro día mis papás discutieron. Pasa seguido, pero ahora se puso peor porque mi mamá estaba muy desesperada y le gritó a mi papá: "¡Eres un tamagochi!" Mi hermano Toño y yo quisimos reírnos. ¡Ay mi mamá, sale con sus ocurrencias!, pero como les vimos las caras tan serias que mejor ni le movimos. Mi papá se puso rojo del coraje: "¿Un tamagochi? ¿Qué? ¿Es un albur?", le gritó, y ella le explicó tan rápido que casi ni le entendíamos lo que quería decirle: "Eres un tirano, un egoísta, que tráeme agua, que mi pantalón se desbastilló, que tengo hambre, que cámbiale a las luchas, que no hallo el control, que tráeme mi tequilita, que te encargo papel para el baño, que alcánzame la toalla, que se me olvidaron mis papeles, que hoy vienen a cenar mis amigos, que haznos una botanita, que ráscame la espalda, que por aquí y que por allá".

Mi mamá ya está harta. Toño dice que al borde de un ataque de nervios, como la película. ¿Y si es cierto? ¿Si yo con mi tamagochi nomás me estoy entrenando para cuando sea grande y tenga que casarme y mi marido parezca un tamagochi de verdad? ¡Híjole! Van a pensar que estoy loca, pero hoy por primera vez desde que lo tengo quise que mi tamagochi desapareciera, hasta se lo quise cambiar unas horas a mi hermano por su supernintendo y sin despegar los ojos de la tele me dijo: "¿Tu esa cosa? ¡No inventes!" Y ya no quiso hablar que porque lo distraía y no quería perder puntos, porque iba a romper el récord. Me siento triste porque creo que mi mamá tiene razón: mi papá y Toño son como unos tamagochis en vivo y a todo color.

Mi hermana

Mi hermana acaba de terminar el quinto semestre de su licenciatura en ciencias políticas. Hoy, a la hora de la comida, nos estuvo diciendo que el tamagochi era un juguete de la globalización. Todos los niños del planeta ya jugaban igual, nomás tenían los ojos fijos en la pantallita del tamagochi. ¡Qué canicas, palillos chinos, cebollitas, loterías, ni que ocho cuartos! Este artefacto —así lo llamó— fue una estrategia de los países poderosos para adueñarse de las mentes de los niños de los países subdesarollados, sino ¿por qué en Japón ya lo estaban prohibiendo y todos los estaban mandando para

acá? Los niños que jugaban escondidillas o ajedrez se volvían más astutos o rebeldes, a lo mejor hasta espías de los países poderosos; pero los que jugaban con tamagochis se volvían vegetales. Dice que es una especie de Herodes cibernético. Tuve que preguntarle a mi mamá que era eso que sonaba tan complicado y me explicó que por órdenes de Herodes les tuvieron que dar matanga a todos los niños —por lo menos a las niñas no— para también mandar a mejor vida al niño Jesús, y que los tamagochis son como ese señor pero en versión robot para anular al enemigo sin dejar marcas físicas visibles.

Quién sabe qué tan cierto sea. El otro día corrí para atender a mi tamagochi y de los apuros me caí y me quedé con las rodillas todas raspadas. Cuando mi hermana me pida el tamagochi para jugar con él le voy a decir que mejor se busque una matatena para que mejore su coordinación y no tire el vaso con agua a media mesa. Siempre le sucede, manotea mucho cuando se emociona en sus discusiones.

La expulsión

Hoy tuve examen de ciencias naturales. Antes de repartirnos las pruebas la maestra pidió que le entregáramos los tamagochis porque nos distraíamos mucho y no quería ver a nadie haciendo otra cosa que no fuera contestar su prueba. Todas los entregaron y los pusieron en su escritorio, menos Sara y yo. Yo no lo hice por desobediente, lo que pasa es que no puedo estar sin él ni un momento, me sudan las manos, tartamudeo, siento mareos, mucho miedo, ganas de llorar. No, separarme de mi tamagochi sería lo peor que podría pasarme, así que me quedé en mi lugar. Sara me volteó a ver como diciéndome: "¿Qué onda, los



entregamos?", y yo le dije sin mover los labios: "¿Qué te pasa? ¿Estás loca? ¿O crees que yo estoy mal de la cabeza, o qué?" Así que nos quedamos inmóviles.

Todo pasó muy rápido. De lo que me acuerdo es que tenía en el suelo las hojas del examen junto con unas estampitas de la virgen que siempre me llevo cuando tengo que pasar por un momento difícil. Me las regaló la sor el año pasado. Bueno, de lo que me acuerdo es que todo estaba en el suelo y de que la maestra me arrebataba el tamagochi. Todo me sucedió como si fuera en la tele, o como si no me pasara a mí y estuviera viendo una película con la vida de otra persona. Me llevaron a la dirección. Mi mamá estuvo muchísimo rato platicando con la psicóloga de la escuela, pero yo ni siquiera pensaba en que ella no debía estar ahí porque eran horas de oficina. Lo único que quería era recuperar el tamagochi, ni siquiera me preocupaba del examen que dejé sin contestar, de la calificación, de las burlas de Toño cuando supiera, del enojo de la abuela por lo que las nuevas tecnologías provocan en la vida de la gente. Sólo veía los ojos de Sara, grandotes y mirándome con lástima y como diciéndome: No se te vaya a ocurrir decirles.

Luego ya ni vi los ojos de Sara ni nada. Me vino una crisis nomás de pensar que seguramente mi tamagochi estaría agonizando y yo no podría hacer nada para salvarlo. Cuando desperté mi mamá me dijo que tendríamos que buscar otro colegio y que debíamos platicar más ya que me sintiera mejor. No me atreví a preguntarle por mi tamagochi, ni ella tampoco lo mencionó.

La terapia

Según un psicólogo muy buena onda, que tiene en su consultorio revistas de *Beneton* y otras cosas como rompecabezas de Beavis and Budhead, que no se ven en ese tipo de lugares, mi problema es que me volví tamagochidependiente. Sí, esa palabrota tan larga. Que es algo que cada vez afecta a más niños y niñas de mi edad —cuando mi hermana estaba como yo odiaba que le dijeran diminutivos o que la llamaran

♦♦♦

niña y a mí me encanta—. Bueno, pues como me estaba volviendo adicta, me aprendí la palabra porque suena rara: ludópata, y eso me estaba afectando en todo, desde mis hábitos alimenticios, alteraciones del sueño y problemas de convivencia con mi familia y la gente cercana. Me aprendí todos esos términos que querían decir que mi vida era un desastre, pero lo último fue que de ser una estudiante tranquila me gané una expulsión. Soy la primera expulsada de alguna escuela en la familia, el escándalo ambulante, me llama Toño.

Toda la familia anda mal. Mi mamá se pregunta en qué falló y mi papá finalmente reconoció que sí tiene complejo de tamagochi y que va a tratar de cambiar. La abuela me trajo un montón de libros y unos juegos tradicionales que sí sirven para ejercitar la mente, según me explicó. A Toño le pusieron horarios en el supernintendo pero, como siempre, hace trampa cada vez que puede. No creo que cambie así tan rápido. Mi hermana dice que su tesis la piensa hacer de niños y niñas con mi mismo problema y que como en la película *Complot* va a descubrir una maquinación internacional horripilante que quiere dejar a México con su niñez convertida en flanes y jericallas.

Yo me reúno una vez por semana con otros niños que les pasó más o menos lo mismo que a mí. Casi todas son niñas y se sienten muy culpables. No quieren hablar de eso y se la pasan viendo hacia el techo. De mis compañeras la única que viene seguido a verme es Sara, es buenísima. Mientras ella hace la tarea me encarga a su tamagochi.

El otro día, mientras se lo cuidaba, soñé que me quedaba dormida o que estaba despierta, pero que me pasaban muchas cosas raras de esas que sólo te suceden en sueños y que el tamagochi me hablaba y me reclamaba porque lo había abandonado, que era muy perversa, y yo me quería ir, dejarlo, no escucharlo. Me había causado muchos problemas, pero me sentía igualita que Laura, mi hermana, cuando no podía tronar con un chavo bueno para nada que la trataba horrible y a todos nos caía muy mal, pero ella no lo podía dejar, por más que todo mundo le decía que era por su bien.

Lo único que entiendo de todo esto es que la vida de las niñas y de las mujeres está llena de tamagochis. Pero algo se puede hacer, aunque todavía no sé qué, si no qué grueso, de veras que sí. ♦

